

PRESENTACIÓN

CARLOS DÍAZ
Director de *Acontecimiento*

El hombre y la mujer son animales risibles, aunque sea con la helada sonrisa de la hiena. Hay un reírse *de lo que no hay*, imaginativo, creativo, rompedor de los límites de lo real; hay un reírse *de lo que sí hay*, con intencionalidades muy distintas; hay un reírse *solo* y un reír *acompañado*. Algunos tienen iluminado el rostro cuando ríen, otros parecen sufrir al intentarlo, tanto dolor se agolpa en su costado, los terceros carecen de humor por más que sonrían. Por la forma de reír se conoce un poco o un mucho a la gente, incluso a los hipócritas.

La realidad tiene muchos colores. El color de la realidad es según el humor con el que se le mira; un humor grato convierte en grato lo ingrato, pero también ocurre a la inversa. ¿Nos equivocaríamos mucho si dijésemos que es un derecho y un deber humano aprender a vivir con un humor humano?, ¿erraríamos demasiado si dijésemos que un humor de perros es propio de un perro, aunque los perros carezcan de humor?

Lo difícil es conjugar el *humor desde abajo*, el que viene del sufrimiento y del dolor, y el *humor desde arriba* que lo sana. El potencial humorístico que viene desde arriba (*homo superior*) es heroico en tanto en cuanto ofrece las propias llagas para acompañar las ajenas heridas (*homo inferior*). El amor compasivo es la antítesis del desamor bélico, que procura abrirte en canal para arrojarte al estercolero. Es llamar la atención de las propias pústulas para distraer las dolencias del otro ser, reír con el otro para que el otro se ría de sí mismo también compasivamente, empatía transitiva, benévola, tonificante, piadosa, de corazón tierno. Cuando se ha envejecido bajo este signo nos encontramos con esa vejez luminosa, que sabe aceptar el mal y agradecer el bien de que aquél se ha emboscado, antítesis del cascarrabias. Si en cada hogar hubiese esas personas tendríamos hogares luciérnagas.

Hay, pues, dos tipos de antropología, la del *homo patiens*, y la del lobo feroz. La primera presidida por el

gesto dativo, la segunda por el gesto acusativo; la primera desde el agradecido *soy amado luego existo*, la segunda desde el *te odio, luego existo*, tú no existes para mí, yo para ti no estoy, muérete perro. Nada de esto es innato, si siembras actos tendrás hábitos; si siembras hábitos buenos, virtudes, si malos, vicios. Si ni lo uno ni otro, cuidado contigo: eres una bomba peligrosa para la humanidad a la que desconoces.

No hay antropología que no sea al mismo tiempo mía y nuestra, personal y común. Una civilización no ha buscado todavía a fondo su punto de maduración si lo ha hecho contra la alegría del yo y del nosotros. Regla de oro de una antropología del buen humor: no tiene derecho a la felicidad quien no intenta la mejora del humor común. Regla de oro del justo: ríete con los demás como te ríes contigo mismo. Humor: vasos comunicantes.

El buen humor ha de ser al mismo tiempo humor bueno, si cuanto antecede es correcto. ¿Y cuando un buen humor es también un amor bueno? Cuando trata la ajena felicidad como la propia. Desgraciadamente también en estos terrenos existen filosofías de la mala voluntad emocional. Sea como fuere, la superación de una mala voluntad recibe el nombre de dignidad.

Por otra parte, resulta muy difícil encajar el mal, sobre todo el inesperado, pero también el esperado, por ejemplo la muerte, ese atolladero donde casi todos atollamos. Muerte fría contra razón cálida, he ahí la sabiduría de la vida, ese ensanchar los horizontes que es también una gracia porque ve más allá de lo se ve y espera más allá de la desesperanza que la inhabita, potencia creadora, no acreedora. Ensanchamiento de la vida, humor como liberación, humildad versus soberbia.

Ensanchamiento, por otra parte, del que no es capaz el gracioso, el egopático, el asintónico, el ególatra, el herido de narcisismo, el competitivo intemperante, el amigo de la eritrofobia que resulta de un yo engallado. Sería una des/gracia no pequeña dejarse atrapar por tanto desamor. ☒